

Estrechamente unida a la creación del Obispado misional de las Islas de la Fortuna —primero de las diócesis canarias, según ha demostrado Antonio Rumeu de Armas— está el de la fundación de Telde, elevado al rango de ciudad por una bula del pontífice de Aviñón Clemente VI en 1351.

Este primitivo centro urbano, fundado por los misioneros mallorquines en la Baja Edad Media, fue el primero de raíces hispánicas que se erigió en la isla de Gran Canaria. No obstante, fue más tarde, ya en el cruce de los siglos XV y XVI, y sobre la misma superficie geográfica que ocupó un importante establecimiento aborigen, cuando renacerá el núcleo poblacional de la ciudad de Telde.

En efecto, cabalgando entre el medievo y el renacimiento, acallado el fragor de las batallas e incorporada la isla de una manera definitiva a la Corona de Castilla en el año 1483, diversas familias se establecen en la Vega de Telde, dotada de una fertilidad extraordinaria y situada en una hermosa llanura a orillas de un gran barranco. La agricultura y la industria derivada de la caña de azúcar se convierten pronto en actividades básicas de sus moradores.

De los beneficiados por los repartimientos de tierras destaca Alonso Rodríguez de Palenzuela quien planta cañaverales y construye ingenios que luego serán adquiridos por Gonzalo de Jaraquemada, el portugués Alonso de Matos y Cristóbal García del Castillo, cuya potencialidad económica le permitirá encargar el famoso retablo de San Juan y, siguiendo el ejemplo de su padre, acometer las obras del mismo templo, donde recibirán sepultura.

Telde llega rápidamente a adquirir un gran auge y nos ofrece a los pocos años el aspecto de un poblado en continuo laborar. La mejor nobleza de la isla, huyendo de las disensiones y litigios del Real, se afinsa en la ciudad y junto a esta clase distinguida, un mundo abigarrado, una masa popular que practica las más adversas actividades. En torno a la industria del azúcar se mueven andaluces y castellanos, portugueses y flamencos, italianos y aborígenes. A la animación de la colonia se le suma una nueva población. Son los primeros esclavos que arraigan fuertemente en la nueva sociedad ya que se necesitan brazos que se hagan cargo de los trabajos más duros.

Pronto la Vega se convierte en un gigantesco jardín tapizado de cultivos de caña que trepan barranco arriba hasta llegar al Valle de los Nueve. Por doquier aparecen nuevas construcciones y casas de labranza que con la roturación de las tierras van cambiando paulatinamente el paisaje. A lo largo de todo el siglo XVI bulle en Telde el ajetreo del azúcar, entre el olor de las me-

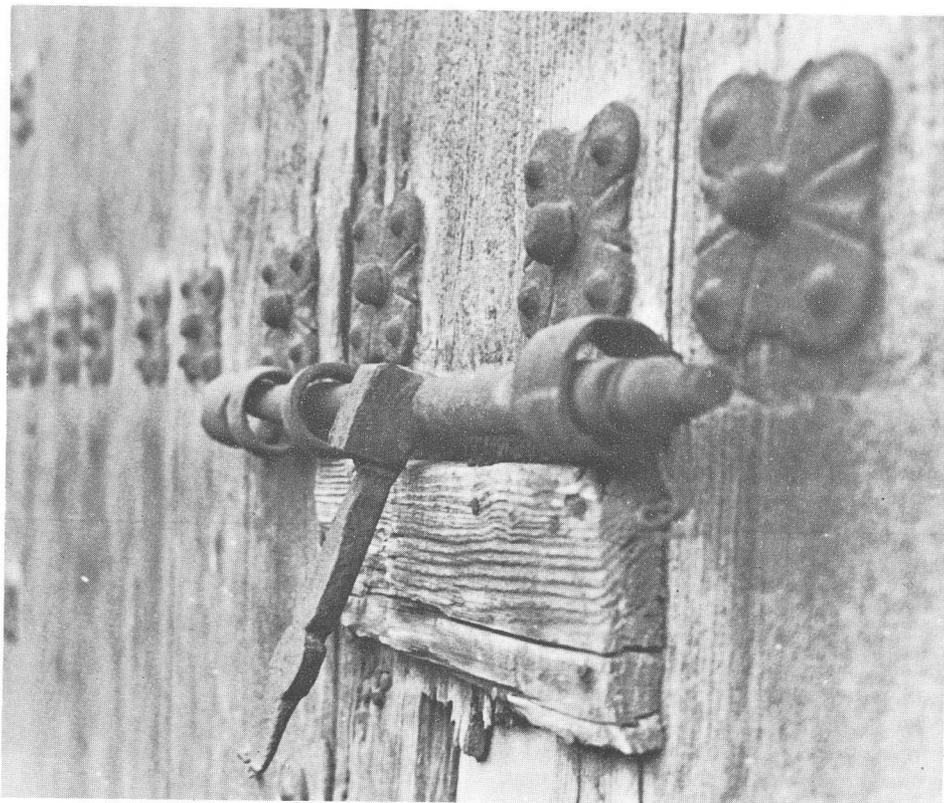
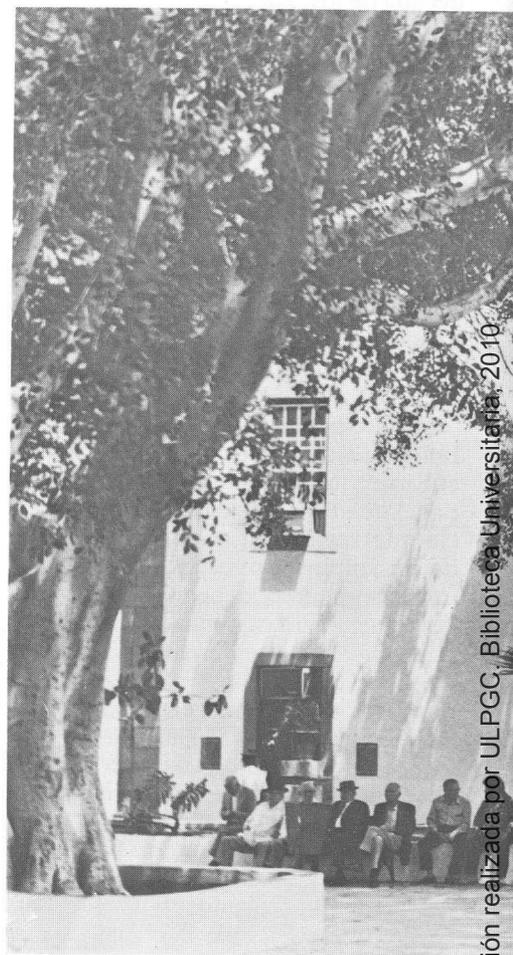
lazas y el resplandor de los hornos. La pequeña ciudad adquiere un aire señorial. Viven en ella factores y maestros de la reciente industria, mercaderes, soldados, caballeros y clérigos. El embrión urbanístico, con sus primeras construcciones coloniales, adquiere importancia a partir del pequeño caserío apiñado en torno al primitivo templo de San Juan Bautista.

La ciudad, con prisa de crecimiento, estira los brazos de sus calles y callejuelas desde la Plaza Mayor —hoy de San Juan— no con rígidos trazados a cordel, sino un poco al azar, con desenvolvimiento espontáneo y ostensiblemente irreflexivo.

El trazado de las calles y plazas que forman este primer conjunto urbanístico se aprecia en el plano levantado hacia 1590 por el ingeniero Leonardo Torriani. Fruto de este pasado son las calles antaño conocidas por Real, de La Cruz, de Cubas, Nueva y la del Duende, única esta última, que, apegada a su primitiva denominación, sigue recordando los apasionantes comienzos de la ciudad, ya algo lejanos en el tiempo. Las casas, de una o dos plantas y rojos tejados a dos aguas, tenían en la parte trasera pequeñas huertas que eran alimentadas por las aguas que, procedentes del repartimiento hecho por Pedro de Vera, discurrían en barranqueras y en menudas acequias abiertas junto a ellas.

En la Plaza Mayor, siguiendo la costumbre de la época, se ubicaron los principales edificios civiles y religiosos. Los alcaldes reales administraban justicia desde la Casa de la Audiencia, que

TELDE NACE



Cerrojo del hospital de San Pedro

LA HISTORIA



servía, a la vez, para guardar los cereales. El templo de San Juan Bautista se levantó aprovechando una torre antigua de carácter militar, que se utilizó para campanario. A lo largo de casi medio siglo intervinieron arquitectos de la talla de Alonso Montaude y Juan de Palacios, maestro mayor de la Catedral de Santa Ana.

Contaba asimismo la primitiva ciudad con un hospital, el de San Pedro Mártir, —también en la Plaza Mayor— y una fuente pública en el barrio de Santa María, barrio éste nacido al abrigo de la pequeña ermita de Santa María de la Antigua, más conocido por San Francisco desde que en 1612 fuera cedida a los franciscanos que la reedificaron y crearon el convento. Sus calles en cuesta, estrechas y sinuosas, fieles aún a su primitivo trazado, parecen llevarnos a un rincón olvidado del mundo, donde la historia se detuvo. Los viejos caserones coloniales, con sus severas fachadas, tapias y almenas que sostienen antiguas cruces de tea, recogen en silencio las primeras sombras del atardecer.

Los llanos de Jaraquemada, donde Alonso Rodríguez de Palenzuela había fundado la ermita de San Gregorio, dedicada entonces a Nuestra Señora del Buen Suceso, se fueron convirtiendo en un arrabal cuya primera población la constituyeron los negros y moriscos manumitidos, ya que así lo había ordenado el inquisidor Ortiz de Funes,

de muchos componentes de esta noble raza que salvaje y libre habitó hasta que la isla fue incorporada a la civilización europea por las armas castellanas.

Dispersos por todo el término, como consecuencia de la progresiva expansión de los cultivos de caña que determinan asentamiento de población, aparecen pequeños pagos como el de las



San Juan

cuando después de asumir en 1568 el gobierno del Santo Oficio creyó necesario que éstos fueran obligados a vivir apartados de los católicos en barrios especiales.

El pueblo aborígen se incorpora poco a poco al nuevo modelo de vida. Los poblados de Cendro y Tara seguirán por algún tiempo siendo residencia

Remudas y edificaciones religiosas. En 1490 se funda la ermita del Señor San Sebastián, puesta bajo la advocación de San Roque después de la peste y desaparecida durante la época revolucionaria del siglo pasado. En 1522 ya existía la ermita de Santa María de Ajinamar, cuya construcción se atribuye a la familia García del Castillo. Apellidos de ca-

balleros dan origen al Valle de Casares, la Montaña de Avila, Juan Inglés, Pedro Paso, Rosiana, etc.

BAJO EL SIGNO GOTICO Y EL FLAMENCO

Con los primeros pobladores llegaron reminiscencias de un gótico tardío. La bella portada de San Juan, con su arco apuntado enmarcado por el característico alfiz musulmán y las bolas típicas del estilo isabelino, así como los arcos del interior de curva ligeramente ojival de las naves laterales y los pedestales poligonales sobre los que apoyan las columnas, son muestra evidente de este goticismo.

Gótico tardío también era el templo de San Pedro Mártir, que formaba parte del amplio centro asistencial instituido por Inés Chemida para tratar enfermos preferentemente de sífilis. De él sólo paredes y arcos ojivales quedan hoy en pie.

A esta tendencia gotizante se une pronto la valiosa aportación artística de Flandes. Es el resultado del intenso comercio del azúcar con las ciudades flamencas. De estilo gótico-flamenco es el bellissimo retablo de San Juan, posiblemente la obra de arte más notable e interesante de las que se conservan de este género en nuestro Archipiélago. El retablo, donación de Cristóbal García del Castillo, procede probablemente de la región de Brabante, más concretamente de Bruselas.

CONSTANTE DESARROLLO

A medida que el siglo avanza aumenta la producción de los ingenios tel-denses y con ella su importancia. Surge como consecuencia de ella la necesidad de mejorar las comunicaciones y abrir nuevos caminos que lleguen a otros lugares de la isla. El más importante del municipio comunicaba con el Real de Las Palmas. Desde el Sur se abre otro camino hacia el Este, hacia el interior de la isla. Y hacia la costa, por donde se exportaba su principal fuente de riqueza, existieron por lo menos dos, uno de los cuales nacía a la vera del templo de San Juan.

El cultivo de la caña provocó también la regulación del uso de las aguas, ya que fue necesario establecer turnos y horarios. Nacen de esta forma las "heredades de aguas". La de la Vega Mayor de Telde represaba el agua del estanque denominado "Albercón Real" situado en el lugar conocido por El Consejo.

Los puertos inmediatos a Telde no podían quedarse atrás en este constante desarrollo. Pedro Agustín del Castillo escribe que "el lugar fue rico y de mucho comercio siendo la concurrencia de embarcaciones tal que llegaron a ser los

puertos cercanos a Telde de más de dieciséis de todas las naciones del Norte, España e Italia".

La demanda europea del azúcar canario era muy importante y ascendente durante gran parte del siglo XVI, lo que permite a Telde mantener este comercio durante mucho tiempo a pesar de la concurrencia del azúcar antillano, y desde mediados del siglo, del azúcar procedente del norte de Africa, concre-

gro pirata, que comienza a surcar nuestros mares, se cierne sobre nuestras costas.

Para defender la bahía de Gando y proteger a los navíos que a ella se acogían se edificó una torre, que nos dicen las crónicas que era cuadrangular.

La producción azucarera descendió notablemente en la segunda mitad del siglo XVI. En Telde, según todos los indicios, había desaparecido en 1525



Un acogedor rincón

tamente de la costa sur de Marruecos, donde, en 1575, existían catorce ingenios.

Por los puertos de Melenara —el que se menciona más frecuentemente en los documentos—, el de Gando con el islote del Roque immortalizado por una de las más románticas leyendas de la tradición canaria, el de la Madera (hoy La Garita) y el de Bañaderos de Telde (?) se realizan las exportaciones, principalmente a Flandes y países mediterráneos y, en los primeros años, a América. Se cargan naves con caña de azúcar y se descargan ricas telas, tapicerías y productos de diversas procedencias.

INSEGURIDAD Y DECADENCIA

Pero con este florecimiento vino también la inseguridad, ya que el peli-

gro ingenio de Alonso de Matos, movido por tracción animal. Subsistía el de Cristóbal García del Castillo que pasaría a su hijo Juan Inglés por testamento otorgado en 1539. También el de María Mayor y de su hijo Juan Vélez, en el que tenía parte Diego Jara y el de Bartolomé Martín de Zorita, que pasaría a su viuda María Calva.

A pesar de la decadencia del azúcar los puertos teldenses siguieron con su esplendor a lo largo del siglo XVI, pues a las exportaciones azucareras les siguió la prestigiosa producción de vinos canarios, cuyo cultivo ya coexistía con la caña. Sin embargo, pasada su época llegaron a su ocaso aunque persistiendo limitadamente, como si quisiesen ofrecer constancia de su antigua grandeza.

LUIS PEREZ AGUADO



San Pedro, Ruinas del interior